

LA PARÁBOLA DEL BUEN SAMARITANO

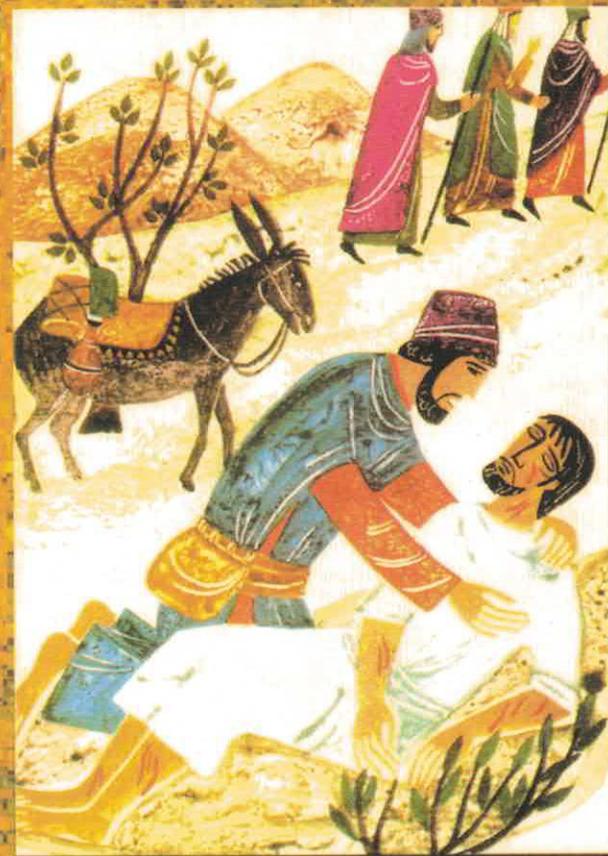
Se levantó un maestro de la Ley, y para ponerlo en apuros le dijo: “Maestro, ¿qué debo hacer para conseguir la vida eterna?”. Jesús le dijo: “¿Qué dice la Biblia, qué lees en ella?”. Contestó: “Amarás al Señor, tu Dios, con toda la fuerza y con todo tu espíritu; y a tu prójimo como a ti mismo”. Jesús le dijo: “Tu respuesta es exacta, haz eso y vivirás”. Pero él quiso dar el motivo de su respuesta, y dijo a Jesús: “¿Quién es mi prójimo?”.

Jesús empezó a decir: “Bajaba un hombre de Jerusalén, y cayó en manos de bandidos que después de haberlo despojado de todo y de haberlo molido a golpes, se fueron dejándolo medio muerto. Por casualidad, bajaba por ese camino un sacerdote, quien al verlo pasó por otro lado de la carretera y siguió de largo. Lo mismo hizo un levita al llegar a ese lugar: lo vio, tomó el otro lado del camino y pasó de largo. Pero llegó cerca de él un samaritano que iba de viaje, lo vio y se compadeció. Se le acercó, curó sus heridas con aceite y vino y se las vendó. Después lo puso en el mismo animal que él montaba, lo condujo a un hotel y se encargó de cuidarle. Al día siguiente, sacó dos monedas y se las dio al hotelero, diciéndole: “Cuídalo. Lo que gastes de más, yo te lo pagaré a mi vuelta”.

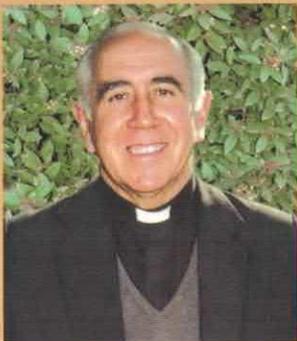
Jesús entonces preguntó: “Según tu parecer, ¿cuál de estos tres se portó como prójimo del hombre que cayó en manos de los salteadores?”. Él contestó: “El que se mostró compasivo con él”. Y Jesús le dijo: “Vete y haz tú lo mismo”.

Lucas, 10. 25 al 37

El Buen Samaritano



Obispo Carlos González C.



Monseñor Carlos González Cruchaga, fue Obispo titular de la Diócesis de Talca desde el 5 de enero de 1967 hasta el 5 de enero de 1997. Tuvo tiempo de hacer muchas y grandes cosas por la Iglesia. Entre sus escritos del año 1978, encontramos este libro que hoy tienes en tus manos. En su primera edición le dio el nombre de “Haz tú lo mismo”, logrando una importante acogida.

Fue Don Carlos –como le llamamos cariñosamente–, quien por esos años dio el nombre de Hermanas del Buen Samaritano a una nueva comunidad religiosa que iniciaba Madre Irene García de Prado.

Fue en el año 2003, cuando la Congregación se aproximaba a cumplir los 25 años de fundación, que se le solicitó a Don Carlos una reedición de este libro ya que se había agotado. Él accedió con mucho gusto y le dio un nuevo nombre: “El Buen Samaritano”.

Cuando en el año 2008, la Congregación de las Hermanas del Buen Samaritano se preparaba para celebrar sus 30 años de fundación, nuestro querido Don Carlos parte a la casa del Padre Celestial, dejando un hermoso legado espiritual.

Que este libro nos ayude a reconocer mejor el rostro de Nuestro Señor en el hermano que sufre... el pobre, el enfermo.

«... se alejaron dejándolo medio muerto.
Un samaritano... sintió lástima.
Se acercó y le vendó las heridas... Lo montó en su
cabalgadura, lo llevó
a una posada y cuidó de él. Dijo al posadero:
«Cuida de él y lo que gastes de más,
yo te lo pagaré a mi vuelta».
(Lc. 10, 30-35)



EL BUEN SAMARITANO



Obispo Carlos González C.

El Buen Samaritano

Primera Edición: Diciembre 1978

Segunda Edición: Noviembre 2003

Tercera Edición: Noviembre 2012

Diseño de Portada: Carolina Brante

Editor Responsable: Manuel Gutiérrez

Propiedad de Hermanas del Buen Samaritano

Impreso en Salesianos Impresores S.A.

Santiago - Chile

DEDICACIÓN

Dedico estas reflexiones a las religiosas del Buen Samaritano. A Madre Irene, a Purificación (la Puri) y Eloísa. Son las tres religiosas que se atrevieron a dar este paso de audacia y de fe.

Lo dedico a todas las religiosas «Samaritanas» de la Congregación.

Han pasado 25 años y eran más o menos 25 Kilómetros los que había que caminar «desde Jerusalén a Jericó» como lo hicieron las personas que aparecen en esta parábola entre las cuales está el misterioso samaritano.

He dedicado esta página y sólo deseo recordar que esta parábola es un texto clave y central para entender a Jesús.

Obispo Carlos González C.

PALABRAS DE PRESENTACIÓN

Muchas veces hemos escuchado el viejo refrán que dice: «No hay peor sordo que el que no quiere oír, ni hay peor ciego que el que no quiere ver».

Este sencillo texto escrito por mi amigo y hermano, pastor y Obispo Don Carlos González Cruchaga, nos ayuda a abrir los ojos y no «pasar de largo por el camino».

En «los caminos» de nuestro Chile, a pesar de los tan alardeados «éxitos económicos», existen todavía muchos hombres y mujeres que no han podido todavía, ponerse anteojos para ver la realidad. Somos un país de «éxitos» para muchos, y de enormes pobreza para otros. Basta consultar los datos que cada año nos presentan los estudios de P.N.U.D. (Programa para el Desarrollo de las Naciones Unidas).

Reconocemos el esfuerzo serio y tan necesario del Gobierno, que se manifiesta en la construcción de nuevas y hermosas escuelas, en la alfabetización y el agua potable que llega casi a todos los lugares del país, en la construcción de nuevas viviendas y hospitales, sin embargo aún está la pobreza con el hambre mordiente y con el agua que penetra en las viviendas humildes, todo esto está todavía muy vivo y agudo.

Son el 20-25% de chilenos que están botados al margen del camino. El levita y el sacerdote dan un rodeo para no complicarse la vida y miran mejor para otro lado.

Es lo que Jesús quiere mostrarnos y nuestro amigo el Obispo Carlos González quiere abrirnos los ojos y el corazón.

La parábola del hombre herido, que se encuentra botado en el camino y del otro que baja del caballo para recogerlo - escrita 2000 años atrás -, y que hoy sigue, lamentablemente en plena actualidad.

Don Carlos González no ha querido mirar desde la altura del caballo, sino desde la pobreza de los excluidos, porque desde allí mira el Señor.

El Espíritu Santo atento - como en Egipto - al sufrimiento de su pueblo: los ancianos, los enfermos terminales, los de SIDA y tantos otros, ha suscitado una sencilla respuesta al sufrimiento de muchos hermanos marginados de la vida. Cada uno de ellos es el rostro abofeteado de Jesús. Por eso en estos años han surgido tantas vocaciones de mujeres que no han osado pasar de largo, cerrando sus ojos, negándose a ver a Dios en cada uno de ellos.

En la Iglesia hay un maravilloso ejército de mujeres que mirando a Jesús y el amor que Él nos tiene,

se sintieron llamadas a seguirlo y a consagrarle sus vidas. Son una multitud y están en todos los rincones de la tierra.

Han descubierto que Jesús vale la pena y que la vida toma con ese "paso" un nuevo sentido, una insospechada plenitud.

Hoy quisiéramos presentar a un grupo o comunidad, como las llamamos. Son distintas unas de otras: en su personalidad, en su aspecto físico, en sus características personales y comunitarias, en su cultura, pero son «hermanas» porque tratan de vivir como si fueran una sola familia.

No son un grupo homogéneo, pero sí tienen una mirada común: es la mirada de Jesús a quien aman y procuran seguir. Tienen grandes riquezas personales, pero buscan vivir como pobres, ellas se han hecho «hermanas» de los pobres de esta tierra.

Así las Religiosas de la Congregación del Buen Samaritano, donde cada una de ellas nos muestran algo del multiforme rostro de Dios y pueden decir como su maestro «el que me ve a mí, ha visto al Padre».

Quiero hablar del admirable desarrollo de esta Congregación, que en sólo 25 años ha reunido a más de medio centenar de consagradas a un Jesús pobre, mancillado y asaltado por los ladrones que bajaban de Jerusalén.

Y es por eso que ahora próximamente se instalarán en Vallenar, la ciudad con el índice más alto de desocupación del país, donde muchos hermanos pobres y excluidos de la «civilización moderna» y de la tecnología, podrán encontrar lo más importante de la vida: el respeto, el cariño, la dignidad, el ser escuchados y la grandeza de hijos del Padre Dios.

Una vez más, serán ellos – los pobres – los que nos conducirán al encuentro de Jesús.

Agradecemos a Don Carlos González, gran Obispo de Talca por más de 29 años, el haberse dejado conducir por la acción misteriosa y permanente del Espíritu Santo al impulsar esta Congregación.

FERNANDO ARIZTÍA
Obispo Emérito de Copiapó.

Copiapó, 22 de julio de 2003

INTRODUCCIÓN

La parábola del Buen Samaritano, (Lucas 10, 25-37) nos presenta al misterioso viajero, sin nombre conocido y nos muestra al sacerdote y al levita «que pasaron de largo» frente al herido en el camino.

El samaritano no era importante como el sacerdote y el levita. Estos tenían poder y eran «profesionales» de Dios. En esta parábola es fácil entender como nuestras preocupaciones son diferentes y la vida tiene diversas interpretaciones.

La parábola tiene muchos contenidos sorprendentes que parecen extraños y surgen las preguntas: «¿por qué colocar a un samaritano que pertenece a un pueblo enemigo y no presentar a un judío? ¿ Por qué Jesús rompe con tantos esquemas y siempre es el Maestro de las sorpresas?»

No siempre está el rostro de Dios «en los profesionales de la religión». Jesús muestra misericordia y constantemente está cercano a los pecadores y a los pobres.

Los criterios de Jesús son diferentes a los meramente humanos y su modo de pensar no está acorde con los criterios basados en el poder y el dominio.

El reino de Dios es un Reino de vida y Jesús dice que «ha venido a traer la vida en abundancia».

Uno de los padres de la Iglesia que se llamaba Orígenes, afirma que Jericó, la ciudad a la cual iba el buen samaritano, simboliza al Mundo y conecta este pasaje con el Antiguo Testamento y las murallas de esa ciudad derribadas por Josué, sucesor de Moisés, en el Antiguo Testamento.

La figura es hermosa y da para pensar.

Es importante entender que el buen samaritano es el retrato de Jesús. Así lo ha comprendido la Iglesia que ha interpretado que en esta parábola el Señor muestra su propio rostro.

Pensar en este samaritano significa meditar en Jesús. En ese espíritu conviene leer y rezar esta historia que nos lleva a entender mejor al Señor y su gran amor por los heridos del camino, los pecadores y los que sufren.

El Evangelio presenta a Jesús cercano a los samaritanos. Al leer la historia de la mujer samaritana, capítulo cuatro de San Juan, llama la atención que quien lleva mala vida, es la que escucha y conversa con el Mesías, salvador de la humanidad.

Ese capítulo es una lección de tolerancia y de respeto y confirma que la primera opción de Jesús son los pecadores y la segunda opción, son los pobres.

Es comprensible que los fariseos le hayan dicho a Jesús, después de sanar al ciego de nacimiento que «está endemoniado y es un samaritano».

Finalmente, deseo destacar la gran similitud entre el buen samaritano y el peregrino de Emaús.

Se requiere entender que Jesús se retrata en la parábola y después, en el camino de Emaús muestra el camino de la paz a dos hombres, invadidos por la tristeza y la falta de esperanza.

CAPITULO I

LOS RASGOS DEL BUEN SAMARITANO

Al finalizar la parábola Jesús le dijo al doctor de la ley «Haz tú lo mismo», es decir exige vivir el amor al prójimo en este estilo. En este capítulo se presentan los rasgos que pide Jesús para vivir en consonancia con el Evangelio.

a) Jesús peregrino en el Buen Samaritano.

«Llegó cerca del camino un samaritano que iba de viaje» (Lc. 10, 33).

Era un peregrino, con poco equipaje, liviano y ágil; lo contrario de una persona instalada. Va caminando libremente y sin amarras de ninguna especie.

Jesús, es un peregrino, «no tenía donde reclinar la cabeza» y se nos presenta como un itinerante de los caminos de la vida.

El pide que «no se lleven alforjas o provisiones para el camino» e insiste en que «cada día tiene su afán». Nos pide vivir «como los pájaros del cielo, como las flores del campo».

Es el peregrino de Emaús que acompaña a los dos discípulos angustiados que han perdido la esperanza. Es un amigo que va siempre con los hombres que muchas veces no lo conocen; pero que pueden descubrirlo «al partir el pan».

Nunca será posible pensar en Jesús instalado o adormecido. Nunca podremos imaginar a Jesús rutinario. Jesús es un peregrino ágil, creador; un inquieto buscador de caminos nuevos. Es un sembrador de esperanza y de amor.

Los cristianos no debemos instalarnos en la comodidad, porque no tenemos derecho a ser mediocres. Pero es acostumbrarse a ser cristianos y acomodarse a todo. Poco cuesta «aprender a vivir» y olvidar que la Iglesia de Jesús debe vivir siempre en éxodo y en camino. A veces atravesará desiertos, tendrá días de lluvias y tendrá días de sol. Jamás podrá olvidar que «los grandes avances del cristianismo y de la Iglesia, han florecido en los desiertos, en las crisis, en las dificultades».

Los cristianos, si queremos seguir a Jesús, al peregrino de los caminos, debemos tener mentalidad de peregrinos y no de sedentarios instalados.

La Iglesia de Dios es un Pueblo en éxodo permanente. Los pastores no pueden olvidarse. Si ellos pierden esa condición, el pueblo se instalará rápidamente, porque tienen la memoria frágil.

Si aparecen señales de rutina o no hay expresiones imaginativas de creatividad, será un aviso de Dios para recordar que se está perdiendo algo muy importante.

Estamos cimentados en Jesús que es nuestra seguridad, pero ese cimiento y esa seguridad tienen las condiciones de un peregrino.

Jesús es nuestra seguridad; pero es la seguridad de un peregrino. Olvidar esa condición es pecar contra el Evangelio.

b) Jesús el servidor arriesgado en el Buen Samaritano.

«Vio al herido del camino, se compadeció. Se le acercó, curó sus heridas con aceite y vino y se las vendó. Le puso en su cabalgadura, lo llevó al hotel y se encargó de cuidarlo» (Lc. 10 , 33 y 34). El buen samaritano es un servidor a imagen de Jesús que «viene a servir y no a ser servido» en un servicio silencioso, discreto y no personalista.

Los samaritanos y los judíos eran pueblos adversarios y rivales, distanciados por competencias y luchas de sus antepasados. Había entre ellos prejuicios y sentimientos de hostilidad; pero el buen samaritano rompe todo ese pasado y sólo ve a un hombre

que lo necesita. Se compadeció e hizo lo que pudo por el herido del camino. Era un desconocido anónimo y sin historia; pero estaba necesitado de apoyo y eso bastaba.

El precio del servicio es pasar desapercibido. El viajero atiende al herido y después pagará los gastos de todo lo sucedido. «Cuídalo, le dice al hotelero, lo que gastes de más, lo pagaré cuando vuelva». (Lc. 10, 35).

El verdadero servicio es desinteresado, anónimo, no busca hacer prosélitos o sacar dividendos. A semejanza del peregrino de Emaús que devuelve la paz a los discípulos y luego desaparece en la noche.

La Iglesia por definición debe ser la servidora del hombre y del mundo. La vocación de la Iglesia es servir por amor y no por interés. Servir por el bien de los otros y no para autojustificar la existencia. Tampoco se trata de servir para ganar adeptos o prestigio. El servicio del buen samaritano es gratuito, sencillo, humilde y silencioso.

El buen samaritano fue eficiente y solucionó el problema del hombre golpeado por los ladrones. No fue únicamente verbalista compasivo. Fue un servicio realista, concreto. No quedó en «declaraciones» o en «documentos». Sobrepasó «la reunión» para llegar a la realización.

El samaritano del Evangelio hizo un servicio y desapareció. Fue fiel a Jesús que nos pide ser «levadura en la masa», «sal de la tierra y luz del mundo». La levadura se pierde en la harina, la sal se disuelve entre los alimentos y la luz se difunde en el espacio.

La tendencia corriente es quedarse y constituir una estructura especial. Nos agrada crear hospitales «católicos», universidades «católicas» y tenemos la inclinación a crear nuestras fortalezas propias. El samaritano sólo sirvió y se perdió en el camino. Ese tipo de servicio vale mucho. Es evidente que se requiere instituciones y estructuras católicas y de Iglesia; pero no podemos olvidar que Jesús dejó sólo las estructuras indispensables para continuar la evangelización.

El buen samaritano dio lo que tenía y lo que era. Se entregó en un servicio humilde, maduro y con amor. Es un ejemplo de madurez evangélica, de pobreza, de amor.

Darse es muy diferente a dar y esa afirmación requiere reflexión.

El viajero «se bajó del caballo, cambió su itinerario, se encargó de cuidarlo, canceló los gastos y «si hay gastos nuevos, yo pagaré cuando vuelva» (Lc. 10, 30 al 36).

Era un servicio arriesgado. El sacerdote y el levita vieron al herido, pero «pasaron de largo». Tenían miedo a los ladrones o a comprometerse. Tal vez era ya tarde o tenían mucho que hacer. Es lo que suele suceder en los accidentes del camino y es impresionante ver cómo no se detienen y cómo «pasan de largo» y no quieren ver los sufrimientos y problemas de los que sufren. Qué fácil es vendarse los ojos o cerrar los oídos para no ver el dolor de los pobres, de los enfermos, de los marginados. Qué fácil es encontrar «buenas razones» para desentenderse del sufrimiento.

Es frecuente encontrar cristianos «correctos», «personas serias y de buenas costumbres» que pasan de largo y no ayudan a nadie. No quieren cambiar sus programas y todo lo imprevisto les molesta de tal manera, que se niegan a ver el dolor. Frente a los problemas de los hombres injustamente tratados, frente al hombre que sufre, este tipo de cristianos permanece indiferente.

Se les escucha decir: «yo no entro en problemas», «puede traerme complicaciones».

El buen samaritano, no pasó de largo. Cambió su programa, superó el temor a los ladrones y corrió los riesgos de asumir el problema del necesitado. No midió las dificultades y no calculó mezquinamente.

Jesús, el buen samaritano, se ha encarnado entre nosotros y nos ha asumido en todo, menos en el pecado. Se hizo uno de nosotros, para salvarnos por amor.

Los cristianos, por fidelidad a Jesús, no podemos pasar de largo. Tendremos que asumir el riesgo de perder la fama o el prestigio; pero el amor nos urge a hacer lo posible por todos.

La Iglesia en Chile ha corrido riesgos y ha sido mal interpretada por muchos. Se ha dicho que «hace política» cuando apoya a los encarcelados, a los familiares de los que sufren, a los cesantes, a los perseguidos. Pero esa es la tarea y si Ella ve en cada ser humano el rostro de Jesús, tiene que ser consecuente. Es demasiado claro el juicio final que relata San Mateo en el capítulo 25 de su Evangelio y no podemos eludirlo.

Seremos juzgados por el amor y no por el prestigio.

La Iglesia y los cristianos deberán vivir en el riesgo de la novedad, de los cambios.

No pueden vivir en la seguridad de lo conocido en el pasado, o en la tranquilidad.

«Un instinto desarrollado en contacto del gran pasado de la vida, me dice que la Salvación para no-

sotros está en la misma dirección del peligro que tanto nos asusta. Como viajeros arrastrados por la corriente queremos volver atrás. Imposible y fatal maniobra. La salvación para nosotros está a nuestro frente, a pesar de las corrientes impetuosas. No hay retroceso. Sólo se requiere mano segura en el timón y buena brújula» (Theillard de Chardyn).

Todos tenemos tentación de buscar la seguridad y los mecanismos de defensa para no tener problemas y es humano, es comprensible que así sea; pero no fue lo que hizo Jesús, el buen samaritano.

c) Jesús liberador el buen samaritano.

«Cuida de él y lo que gastes, a la vuelta te lo pagaré» (10, 34).

Después de vendar las heridas del camino lo subió en su cabalgadura y lo llevó a un hotel. El Evangelio nos dice que pagó hasta que el herido estuviera bien, de pie y con posibilidades de mirar a los ojos de los otros en forma adulta y madura.

En otras palabras el samaritano logró darle dignidad y lo transforma en hombre libre y no postrado por los golpes de los ladrones.

El buen samaritano facilita que el hombre se ponga de pie y pueda valerse por sí mismo, lo acompaña

hasta que éste pueda seguir solo. Entonces, otra vez, se pierde en el anonimato.

Esto es posible porque el buen samaritano es un hombre libre. Libre de los prejuicios que había entre su pueblo y los judíos. Libre de sentimientos de falta de seguridad. Libre de sí mismo, de su tiempo, de su apuro, de sus programas, de sus temores. Libre para dejarse llevar por la necesidad del herido y serle útil hasta cuando fue necesario.

Jesús, es un hombre libre. Pertenece a su más profunda personalidad ser totalmente libre. Esa libertad la mostró en toda su vida y en las palabras de su Mensaje. San Pablo lo resume así: «Hermanos, ustedes han sido llamados a la libertad» (Gál. 5, 13). «Para ser libres nos libertó Cristo» (Gál. 5,1).

Jesús vivió libre. No se afilia a ninguna asociación o partido. No se somete a una sinagoga, como era la práctica entre los judíos. No depende de las cosas, de la fama o de los títulos. Porque no pidió nada no tuvo necesidad de los poderosos: mostró que no lo necesitaba.

Está con el rico y con el pobre, recibe a hombres importantes y a leprosos. No tuvo compromisos. Jesús es libre de ataduras externas y tiene una gran libertad interior. Es desinteresado. No tiene amarras y no está apegado a las personas o a las cosas. Tiene amigos,

pero su corazón es interiormente libre de prejuicios y de temores.

Sólo busca hacer la voluntad del Padre y a esa Voluntad obedece con una fidelidad totalmente conmovedora. Y gratuito. No busca compensaciones ni espera éxitos.

Jesús trabaja porque exista un pueblo libre, pero no es liberador político o social. Trae una liberación aún más radical; la libertad del corazón. Muestra un camino de confianza en el Padre, única Verdad. «Si os mantenéis fieles a mi Palabra, seréis verdaderamente mis discípulos y conoceréis la Verdad, y la Verdad os hará libres» (Jn. 8, 31-32).

Es la liberación de los falsos ídolos, de las falsas seguridades, de las ataduras humanas. Es el corazón libre para darse a los demás. Así se entiende la libertad de Jesús frente a su propia religión, frente a las costumbres de su pueblo, frente a los compromisos sociales. Por eso es libre ante el poder militar de los romanos, ante la ley de los judíos y ante la autoridad. No es un rebelde, es un hombre libre.

Esta es también nuestra misión: mantenernos fieles a su Palabra para conocer la Verdad y ser libres. La liberación de Jesús pasa por el corazón de cada hombre y lo hace libre. A medida que vamos abriendo el corazón a la Palabra y a la Vida de Jesús vamos tam-

bién dando pasos de libertad. Estamos enfermos por el pecado original, por los pecados sociales y personales.

La liberación de Jesús es el camino para encontrar la Verdad, base de la justicia en nuestras relaciones sociales, y lucha por mejorar la calidad de la vida, base para que cada hombre sea más humano. La liberación de Jesús, ante todo, dignifica al hombre, le hace más humano. Como el buen samaritano que hace posible que el herido vuelva a ponerse de pie.

Paulo VI ha dicho en su excelente documento sobre la evangelización: «La Iglesia tiene el deber de anunciar la liberación de millones de seres humanos, entre los cuales hay muchos hijos suyos, el deber de ayudar a que nazca esta liberación, de dar testimonio de la misma, de hacer que sea total. Todo esto no es extraño a la evangelización». (E.N. 30).

El buen samaritano, a imagen de Jesús, es un liberador que trae todo un mensaje de paz, de libertad y de justicia. Así El libera a Zaqueo, a María Magdalena y a tantas personas que atraviesan por su camino. Esa es la misión de la Iglesia, que debe entregar una perspectiva integral de liberación.

Si la Iglesia entrega sólo aspectos parciales o una liberación meramente «espiritual» que no toca la vida

humana, está siendo una Iglesia infiel a Jesús, su fundador.

En los rasgos del buen samaritano están contenidas las líneas fundamentales de la espiritualidad cristiana. Allí los creyentes podremos encontrar nuestra identidad más profunda y así seremos capaces de dibujar el rostro cristiano de hoy y de siempre.

Quien mejor ha entendido esta liberación que propone Jesús es la Virgen María. El Apóstol San Pablo logró expresar y vivir esta libertad. Los santos son los hombres y mujeres libres que siguen este camino de Jesús expresado en todo el Evangelio.

d) Jesús y su amor al enemigo en el Buen Samaritano.

Muchas normas y principios entregados por Jesús pertenecían a la moral del Antiguo Testamento y eran tradiciones judaicas, pero el perdón y aún el amor al enemigo es una línea totalmente creada por El y significa una revolución completa en la historia de la humanidad.

Jesús enseña que «el ojo por ojo y el diente por diente» debe ser abolido y que es necesario presentar la mejilla izquierda a quien golpea la mejilla derecha.

Se dijo «ama a tu amigo y odia al enemigo», pero Jesús nos enseña «amen a sus enemigos y recen por quien los persigue».

En San Mateo 5, 43 al 48 se nos muestra cómo debe ser el amor.

Cuando sus discípulos le piden que les enseñe a rezar, El les entrega el Padre Nuestro en donde se pide perdonar nuestras ofensas así como nosotros perdonamos a nuestros ofensores.

Jesús vive el perdón al enemigo y su mayor expresión está en la cruz. Allí el Señor se expresa «Perdónalos porque no saben lo que hacen».

Está agonizando y piensa en quienes lo han crucificado, en Judas que lo traicionó, en Pilato que se lavó las manos, en el sanedrín gobernado por los fariseos. Así es Jesús y por eso se ha escrito «Jesucristo es nuestro perdón».

El amor de Cristo es universal, fraternal y heroico hasta el final.

Enseñó y vivió lo que había predicado.

«Habiendo amado a los suyos, les amó hasta el fin» y a sus apóstoles frágiles, miedosos e indecisos que lo dejaron abandonado también les entrega su perdón como se manifiesta en los textos del Evangelio, después de la Resurrección. Allí no hay resentimientos, les entrega la paz y les renueva la confianza.

Es necesario revisar posiciones y mirar nuestra realidad familiar y social con los ojos y los criterios de Cristo. Si no lo hacemos, estamos faltando a la verdad y pecando contra el Espíritu Santo.

El amor al enemigo tiene dimensiones heroicas, pero eso es amar como el Señor. Significará perdonar a quien calumnió, a quien engañó, a quien robó. Perdonar significa amar y el amor de Jesús siempre será nuestra norma. Todos podemos entender que Dios nos perdona y que nos quiere.

El amor al enemigo será siempre la etapa final en el crecimiento del amor. Es una expresión de amor maduro que ha llegado a su perfección. Es un proceso largo y doloroso. Habrá que rehacer el camino muchas veces. Se requiere pasar por el perdón, por la comprensión. Será necesario borrar resentimientos y susceptibilidades y así, será posible entender y vivir este amor.

El amor al enemigo siempre será la más difícil expresión del amor, pero el mandato de Jesús también contempla con igual intensidad el amor a los amigos, a aquellos con quienes existe amistad, diálogo y afinidades comunes.

Todo esto está expresado en la parábola del buen samaritano.

«Los judíos no se trataban con los samaritanos» (Jn. 6, 9). Era una enemistad profunda y Jesús rompió ese esquema y el diálogo con la mujer samaritana es una expresión de ese perdón que sobrepasa toda medida.

Actualmente continúan los problemas de relaciones humanas, existen odios y rencores, existen tensiones que nos separan y nos alejan a unos de los otros.

La respuesta cristiana está en el Evangelio.

El peregrino, el servicio arriesgado, la libertad y el amor al enemigo son los grandes rasgos que esta parábola explicita para «hacer lo mismo» vivir como cristianos en consonancia con el Evangelio.

Se nos exige «hacer lo mismo», vivir de acuerdo con estas orientaciones que presentan la radicalidad del Evangelio.

El Evangelio suavizado o aguado está en contra de las enseñanzas y vivencias del Señor, y es fácil caer en esa tentación.

Quien puede entender que entienda.....



Bajaba un hombre de Jerusalén a Jericó.



Y cayó en manos de unos ladrones que lo dejaron medio muerto.

CAPITULO II

LOS HERIDOS DEL CAMINO

El buen samaritano recoge a un hombre herido en el camino. Era un hombre desconocido y sin mayor importancia. No sabemos su nombre y no conocemos su rostro o su historia personal.

Era sólo «un herido del camino». Hoy día existen heridos del camino que necesitan ser rescatados y privilegiados por la Iglesia, ya que Jesús mostró especial preocupación por ellos.

Las grandes diversidades económicas y sociales hacen difícil precisar quienes son los heridos del camino, situación en que los esquemas sociales han sido modificados por la técnica y el progreso en todo terreno.

Es evidente que existen los pobres que carecen de posibilidades para vivir con dignidad. Son los cesantes con familias numerosas, son los temporeros y temporeras que tienen trabajos algunos meses en el año. Son aquellos que no tienen imposiciones legales de sus empleadores. Son los ancianos sin previsión social y con pensiones bajas y sin familia que los apoye.

Ayudará bastante la descripción que hace el P. Loew: «El pobre es aquel que siempre escucha, pero que jamás es escuchado».

Quien es verdaderamente pobre escucha la propaganda de radio, la televisión, las consignas, los slogans. Tiene una cultura escuchada y recibida. Escucha orientaciones y órdenes del partido político. En la Iglesia escucha predicaciones, consejos, pero casi nunca tiene roles con capacidad de decisión.

Quien es pobre de verdad generalmente no es escuchado. Debe esperar largas horas para ser atendido en un hospital y estará en lista de espera para conseguir trabajo. No tiene privilegios y pertenece al montón. No tiene «padrinos» o influencias y debe seguir el camino lento de los débiles. El pobre es un ser despersonalizado y generalmente postergado. No sabe hacerse oír, no es persona importante y si es analfabeto vale aún menos.

Con frecuencia el pobre es un número o una ficha más que una persona. Suele ser tratado como «caso» sin rostro y sin nombre.

Es de gran importancia conocer y apoyar a los actuales heridos del camino.

Escuchar sin ser escuchado da una condición, una manera de ser y un estilo de vida. Es una psicología

que conlleva la humillación de ser menos que otros y saberse ciudadano de segunda clase. Estas humillaciones se traducen en amarguras y violencia no expresadas, que hacen mucho mal.

Esa realidad agudiza los conflictos e influye en la dureza de ese fenómeno social llamado «lucha de clases» que es una realidad humana, dolorosa y muy real aunque muchos no quieran aceptarla.

Existe la lucha de clases y harán bien los cristianos en ver esta realidad para interpretarla con los criterios de Jesús y así encontrar una respuesta cristiana.

Esa realidad de diferencias va creando amarguras muy fuertes. Generalmente son resentimientos escondidos que estallan en los momentos críticos y se expresan en violencia, robos y asesinatos; las borracheras y drogadicción suelen ser expresiones de estos resentimientos interiores.

La enorme distancia que existe entre pobres y ricos no es un hecho natural ante el cual sólo sea posible la resignación. Hay en esa distancia, una relación de explotación que no puede ser querida por Dios. Países ricos que se hacen aún más ricos con el sacrificio de países pobres del llamado Tercer Mundo. Al interior de los mismos países, grupos privilegiados que concentran gran parte de la riqueza y se hacen aún más ricos, con el sacrificio de una mayoría de traba-

jadores que gana apenas lo suficiente para sobrevivir. Esta fuerte dependencia es muy notoria en nuestro país: hay quienes viven una irritante ostentación, derroche y lujo, junto a una gran mayoría que sobreviven arreglándoselas duramente con un salario miserable. Son los pobres, materialmente pobres, y, peor aún, los que ni siquiera pueden ser llamados pobres. ¿Es el «costo social» de una política económica? Lo que es claro es que ellos son los actuales heridos del camino. Personas empujadas a una lucha por sobrevivir buscando cualquier forma de ganar dinero para «parar la olla». Haciéndose serviles en su trabajo para evitar ser despedidos; sufriendo humillaciones para no provocar su despido; cesantes mendigando cualquier trabajo; cesantes disfrazados en trabajos que no tienen dignidad y sentido; mujeres empujadas a la prostitución para aportar a la sobrevivencia de la familia.

Esa gran mayoría sufriente está herida junto al camino. No tienen acceso a la salud, a la educación, a la participación, a la vida. Están allí a la espera de que alguien les tienda la mano, les ofrezca la ayuda, un paliativo. Y hemos llegado a esta nueva forma dolorosa de paternalismo, tan peligrosa como dolorosa, que obliga a crear acciones de asistencia.

Unos pocos se preocupan por decidir la marca del nuevo televisor a color, mientras muchos se duermen con la angustia de que mañana otra vez deberán salir a buscar cómo alimentar a la familia.

Existen diferencias e injusticias irritantes. Tantos hombres creados a imagen de Dios que viven situaciones de explotación. Vivimos «una situación de pecado» y nuestra sociedad occidental está en pecado mortal por no querer ver esta realidad.

No percibir la injusticia del «salario mínimo» al compararlo con los salarios altos de los poderosos, no ver las habitaciones inhumanas de las casas construidas en estos años significa estar ciego o no tener sentido social. Más que obras asistenciales se requiere justicia. Y esa palabra está muy poco valorizada en una sociedad en que la empresa, el poder y el dinero están por arriba de las personas.

Los pobres no intelectualizan la pobreza porque simplemente la viven. Ellos saben la inseguridad del trabajo que se puede perder, de la falta de dinero para el doctor, de lo difícil o casi imposible que un hijo inteligente pueda seguir una carrera universitaria de calidad.

La pobreza verdadera se aprende en los hospitales, en las cárceles. En los campamentos... Se aprende entre los cesantes, entre quienes son «nadie».

La actitud del buen samaritano nos muestra un camino a seguir. Es el mismo Jesús quien nos pide que nos preocupemos por los heridos del camino. Que dejemos nuestros prejuicios y nuestros programas para

atender al herido. Que entreguemos nuestros bienes, nuestro tiempo, y a nosotros mismos para ayudar a que estos heridos se pongan de pie. Con la actitud del samaritano que no crea dependencia, que no busca que lo sigan, que le admiren, que pasa inadvertido. Así, el buen samaritano permite que el herido no solo recupere la salud, sino que también lo dignifica como persona.

Los cristianos debemos apoyar a quien lo necesita, pero tengamos cuidado con nuestras obras asistenciales mal llevadas o realizadas por obligación, o por complejos de culpabilidad.

Los cristianos debemos hacer obras de asistencia porque las necesidades son muchas y muy reales. Ojalá que sepamos tratar en forma adulta y respetuosa a quienes apoyamos. El paternalismo hace daño porque no deja crecer a las personas y en nuestra Iglesia ya existe una cuota bastante alta de ayuda paternalista. La buena intención nos disculpará delante de Dios, pero los errores cometidos por actitudes paternalistas o prepotentes son pagadas por quienes reciben apoyo dado en esa forma torpe.

La Iglesia deberá insistir siempre en que en cada ser humano, late el corazón de un hijo de Dios que merece respeto y que no merece ser tratado como un ser sin dignidad.

Es tarea de Iglesia hacer todo lo posible para que los que tienen capacidad de decisión sepan crear mecanismos de participación que hagan crecer a quienes están subordinados a sus disposiciones.

Es grave error promulgar leyes sociales o del trabajo sin una participación real del mundo obrero y campesino.

No existen hombres de primera o de segunda. Jesús vino a liberar a todos los hombres y a todo el hombre. No entender esta verdad significa renegar de la fe cristiana.

La Iglesia será la Iglesia de Cristo si vive estos principios en forma consecuente. Un país será cristiano no por su etiqueta o por autodenominarse cristiano, sino por la vivencia y el respeto a todos sus ciudadanos.

Todos tenemos que escuchar con más respeto y profundidad.

Jesús y su Iglesia no desean excluir a nadie del Reino de Dios. De hecho Jesús murió y redimió a todos los hombres y «ante Dios no existe excepción de personas» nos recuerda la Biblia. Esa verdad es válida en todos los tiempos.

Muchos de los llamados «ricos», palabra ambigua e indeterminada, tienen grandes problemas de so-

ledad e incomprensión y están tan necesitados de amor como los pobres.

Las crisis familiares, las enfermedades y las frustraciones llegan a todas las esferas sociales y todos necesitan el amor y la salvación que ofrece Jesús.

Jesús tuvo algunos amigos adinerados, pero su mayor energía la dedicó a los más necesitados y no sólo porque eran la mayoría en su tiempo. El no rechazó a las personas con poder o dinero, pero es indudable que tuvo un cariño especial por los pobres y por los humildes de la tierra.

El Evangelio recalca lo difícil que es para un rico vivir las enseñanzas de la pobreza del corazón. La historia del joven rico que rechazó el llamado a seguir a Jesús porque tenía muchas riquezas es muy clarificador (Lc. 18, 18ss).

La Doctrina Social de la Iglesia orienta a todos a vivir las consecuencias del Evangelio. Quienes interpretan los llamados de la Iglesia a una sociedad más justa y humanas como una intromisión indebida en política contingente, están tergiversando el Evangelio.

Es fundamental recordar que los bienes son de Dios y de la tierra y que los hombres son sólo administradores de los bienes de Dios. El administrador no es el propietario. Esa visión abre el camino para vivir de acuerdo con el Evangelio.

Siempre se requiere revisar posiciones con serenidad, en forma humilde y realista. Será necesario un esfuerzo de todos para encontrar los caminos del diálogo y la comprensión. Eso lo pide Jesús hoy y siempre, a todos, sin excepción.

A ejemplo del samaritano a todos se nos ordena apoyar al «herido del camino». No es tarea de algunos. Es un mandamiento para todos los que en libertad deseamos ser seguidores de Jesús.



Por casualidad un sacerdote bajaba por aquel camino y viéndolo pasó de largo.



Igualmente un levita yendo por aquel lugar y viéndolo pasó de largo.



El viajero miró,... se bajó del caballo, cambió su itinerario, se encargó de cuidarlo.

CAPITULO III

PARA VIVIR EN EL ESTILO DEL BUEN SAMARITANO

En los capítulos anteriores se ha intentado definir el rostro del buen samaritano y lo que significa los heridos del camino en este Chile del siglo veintiuno.

La pregunta obvia siempre será ¿cómo vivir las lecciones del buen samaritano y cómo ayudar en forma efectiva a los heridos y postergados en el camino actual?

Más que buscar una receta es necesario darle un sentido a la vida y descubrir los valores básicos para hacer posible esta manera de leer la vida e interpretarla con los ojos del Cristo peregrino y liberador.

Seguir al buen samaritano, o sea a Jesús, y descubrir los heridos del camino está muy relacionado con el amor.

«Cristo me amó y se entregó por mí», escribe San Pablo y ese es nuestro modelo y guía, pero no se trata de un amor en general sino del amor que llega al don de nosotros mismos.

Quien es posesivo no está en el amor, y su afán de dominación es sólo una autoafirmación egoísta que busca seguridad. Y eso no merece llamarse amor.

Es posible encontrar tres grados en el amor que corresponden a tres grados en la pobreza o desprendimiento interior.

Algunas personas dan alimentos, ropa usada, cosas muy diversas entre las cuales está incluido el dinero. Para dar esas cosas y ese dinero se requiere un grado de desprendimiento y de amor. Es el grado más humilde del amor.

El segundo grado del amor consiste en desprenderse del tiempo: está en el servicio abnegado de cuidar a un enfermo, en el tiempo que el profesor dedica a sus alumnos, en la dueña de casa que cocina para su familia. Es gastarse al servicio de los otros. Es el segundo grado en el amor.

Qué verdadero es el pensamiento del Padre Alberto Hurtado al referirse al tercer grado de amor: «Muchos pierden años y años en trampearle a Dios. Los directores espirituales no insisten bastante en el don completo. El corazón suele quedarse en el comercio mediocre con Dios. Piden y ofrecen, prácticas religiosas, fórmulas. Esto no basta para vaciar el alma de sí mismo, eso no la llena, no le da sus dimensiones, no la inunda de Dios. No hay más que el amor total

que dilata al alma a su propia medida. Es por el don de sí mismo por donde hay que comenzar, continuar y terminar.

Habrà que realizarlo de una vez y rehacerlo hasta que sea como connatural. Entonces el corazón podrá darse en gran paz, se dará a propósito de todo, sin reflexionar, como un girasol se vuelve hacia la luz del sol.

Darse es amar para siempre y de manera tan completa como se es capaz. Cuando se ha dado todo parece simple. Se ha encontrado la libertad y se experimenta la verdad de San Agustín «ama y haz lo que quieras».

El don de sí mismo es universal, humilde y sin prejuicios. Es el nudo vital para estas realidades tan hermosas que se llaman **amistad, pastoral, formación de personas, sentido apostólico.**

«Comenzar, continuar y terminar» decía el Padre Hurtado en forma muy reiterativa. Y este don de sí mismo lo vivió Jesús.

«Habiendo amado a los suyos los amó hasta el final» y su presencia real en la Eucaristía es su testamento mayor de pobreza en el amor.

Jesús, Hombre y Dios verdadero, se encarnó y se hizo uno de nosotros en el don perfecto de sí mismo.

Se deja postergar por Barrabás, se deja crucificar y está reducido en los altares a un pedazo de pan. Todo por haber vivido en un amor total.

El no tiene prejuicios y no necesita afirmarse en la posesión de las personas o de las cosas. No busca seguridades o dominaciones. No busca poder o influencias.

Ese amor lleva a la verdadera pobreza.

El buen samaritano tenía mucho amor y por eso tenía un corazón de pobre. Por eso modificó su itinerario y se desprendió del dinero hasta darle dignidad al hombre despojado y herido en el camino.

No estaba aferrado a su tiempo ni a las falsas seguridades y por eso, dice el Evangelio, «se movió a compasión». Pertenecía a los pobres, esos bienaventurados de los cuales habla Jesús.

Posiblemente, sin saberlo, tenía un corazón disponible y había entendido que «no se puede servir a dos señores o sea a Dios y al dinero».

Amor y pobreza están profundamente relacionados y como se ha escrito:

La verdadera pobreza consiste en tener el corazón desprendido de las cosas, de las personas y de uno mismo, para llegar al amor.

La verdadera pobreza es aquella que permite llegar a esa condición que hace exclamar a San Juan de la Cruz: «La tierra es mía, los hombres son míos, todo es mío y hasta Dios es mío».

Tal vez hemos hablado mucho sobre la pobreza, pero Jesús nunca usó esa palabra. El habló de «los pobres» ya sea en el espíritu, ya sea en la privación de los bienes necesarios para vivir dignamente.

El orgullo es contrapuesto a la pobreza y no deja entrar al amor.

«Podemos conquistar los árboles, los ríos y las piedras, podemos talar la selva, encauzar un río y pulverizar una piedra, pero jamás podremos conquistar a Dios». Es Dios quien conquista y posee al hombre.

Sólo así se logra el amor verdadero a la pobreza evangélica, a la humanidad real frente a Dios y a todos los hombres y mujeres de la tierra.

Mientras se vive defendiendo parcelas de nuestra vida no se entra en lo medular del Evangelio. Cuando se es autosuficiente, o construido sobre sí mismo, nunca será posible llegar a un cristianismo verdadero.

Los orgullosos, los autoconstruidos, no entenderán jamás el Reino de Dios, porque no pueden penetrar en esta dependencia filial de Dios.

La Virgen María y los santos canonizados y los anónimos, fueron pobres de verdad porque llegaron a la humanidad del corazón en donde está la verdadera pobreza.

Juan XXIII fue un milagro de Dios, dócil al Espíritu Santo porque se colocó en las manos de Dios en forma incondicional.

Y así se llega a la solidaridad.

El pobre verdadero es aquel que humildemente trata de agradar a Dios y de servir a sus hermanos. Sabe que la verdadera pobreza no es la que se escoge sino la que se acepta. Vive la SOLIDARIDAD.

El buen samaritano compartió con el herido del camino lo que tenía: cabalgadura y dinero. Fueron compañeros de destino porque afrontaron juntos los riesgos de ese viaje aventurero.

Hoy día podemos percibir la angustia de quienes duermen con sus estómagos hambrientos. Podemos apreciar las condiciones infrahumanas en que viven tantos hijos de Dios. Podemos percibir los salarios que no alcanzan para vivir y las situaciones de pobreza y de miseria que todos conocemos.

Vivir el Evangelio significa «no pasar de largo» y entrar en el problema de los desposeídos de la tierra.

No podemos cerrar los ojos e ignorar la tragedia de los que no tienen trabajo y deben alimentar familias numerosas. No podemos desconocer el drama del enfermo que no posee medios para cuidar su salud o del jefe de familia que no tiene los medios económicos para educar a sus hijos.

No bastan las palabras, Jesús pide mucho más. El exige una solidaridad traducida en preocupación concreta por la pobreza que aflige a tantos hermanos nuestros.

La pobreza, según el Evangelio, será seguir a Jesús, pobre y humilde. También puede ser entendida como una expresión de solidaridad con los pobres en quienes está reflejada en el rostro de una manera especial.

Solidaridad es una palabra que significa compartir, participar, arriesgarse juntos. Solamente existe un criterio válido: Que Jesús no se avergüence de nosotros y que no nos desconozca en el juicio final al separar los hombres por el amor o por el desamor que tuvieron por los pobres; los encarcelados, los enfermos, los hambrientos.

Solidaridad significa ponerse en el lugar del pobre, estar junto a él, compartir con él.

Debemos revisar nuestras acciones de solidaridad y ver si en ellas estamos realmente compartiendo con los más frágiles para ayudarles a ponerse de pie.

Es legítimo tener bienes siempre que tengan alguna razón de ser y que se les pueda dar vida. Tener bienes muertos, inanimados, no tiene justificación posible.

¿Cuál es el grado de pobreza material que Dios acepta y cuál es el estilo de vida compatible con el Evangelio?

¿Cómo vivir de manera que Jesús no se avergüence de nosotros y cómo no «jugar a ser pobre»?

Es evidente que el lujo y el derroche constituyen un pecado. Siempre será necesaria esa virtud o cualidad que se llama austeridad de vida.

El uso de cosas innecesarias, el exceso de gastos en pasarlo bien, suelen ser pecados que atentan contra Dios y que hieren el corazón de los pobres. La sensibilidad social no puede estar ausente de un corazón cristiano. Una economía sin esa sensibilidad y ese amor a los pobres, es una economía sin Cristo y no es cristiana.

Habrá que abrir el corazón y «buscar el Reino de Dios y su Justicia por sobre todo»: lo demás «viene por añadidura». Siempre habrá que pedir la gracia de vivir evangélicamente la vida.



Y llegando hasta él curó las heridas echándoles aceite y vino.



Y poniéndolo en su propia cabalgadura lo condujo a la posada y tuvo cuidado de él.



Al día siguiente sacó dos monedas y se las dio al hotelero diciéndole: «cúidalo. Lo que gastes de más, yo te lo pagaré a mi vuelta».

CAPITULO IV

DIÁLOGO, DOCILIDAD, ORACIÓN

La meta final de la Iglesia y de todo cristiano siempre será construir el Reino de Dios y para lo cual se requiere superar la tendencia al fariseísmo que todos llevamos en el corazón.

Todas las enseñanzas de Jesús van encaminadas a construir el Reino de Dios y Paulo VI recuerda que «sólo el Reino de Dios es Absoluto y todo el resto es relativo» (8 Dic. 1975 E.N. 8).

¿De qué Reino se trata?

Jesús piensa en la vida eterna a la cual estamos destinados, pero también piensa en esta vida y así dice «El Reino de Dios está dentro de Vosotros».

El Reino de Dios no es como los reinos de la tierra en donde reina la injusticia, la explotación y se busca el poder y la dominación. El Reino de Dios es un reino de justicia, de paz y de verdad, pero no están reservados la justicia, la humildad, el amor fraternal sólo para el cielo.

Jesús quiere que sea una realidad ya, aquí abajo. En sus discusiones con los fariseos y los doctores de la ley, Nuestro Señor denunciaba la separación de lo espiritual con lo temporal. Decía: «hipócritas, ustedes quitan sus casas a las viudas y luego para disimularlo hacen largas oraciones» (Mt. 23). «Uds. limpian por fuera el vaso y el plato, pero dentro están llenos de lo que han conseguido por robos y avaricia»(Mt.23). La separación de lo espiritual con lo temporal no está en el Evangelio sino en la mentalidad de los hombres que suelen limitar la religión cristiana al culto y a las oraciones. Aspectos religiosos necesarios que de poco sirven si no están unidos al amor y la justicia.

Construir el Reino tiene muchas dimensiones y es de gran importancia descubrir las semillas del Evangelio que hay en quienes buscan la verdad y la tratan de explicitar. Son los brotes del Evangelio que hay en aquellos que tratan de crear nuevos caminos de participación y de diálogo.

La mirada debe estar siempre puesta en el Reino definitivo que construirá el Señor con nuestra participación, con nuestro esfuerzo. No podemos instalarnos. No podemos hacer de esta vida nuestra seguridad. Tenemos la verdadera seguridad y es la del Padre Nuestro: Venga a nosotros Tu Reino.

El buen samaritano colocó semillas del Reino y logró amor y bondad en un mundo egoísta en el cual muchos pasaron de largo.

Es fácil imaginarlo como un hombre integrado y sobre tres elementos de integración trata este capítulo final.

EL DIÁLOGO

En primer lugar es necesario pensar en el Diálogo, porque paradójicamente no sabemos escuchar. Se requiere aprender a escuchar más y mejor. No se escucha sólo con los oídos y no se expresa sólo con palabras.

Existen los gestos, las actitudes, las expresiones, el modo de decir las cosas. Existen silencios a veces tanto o más elocuentes que las palabras.

Cuesta escuchar y ver con los ojos del corazón y tantas veces parece que no quisiéramos escuchar.

El clamor de los pobres es muy fuerte y parece no llegar a los centros de poder. Los mil detalles que constituyen la vida no son conocidos por la gente importante que decide los destinos del país por sus gestiones de gobierno y por su capacidad de poder e influencia.

El diálogo no puede imponerse y no se obtiene por decretos o por leyes. Corresponde a una actitud interior de abertura, a un deseo de entender al otro, a una manera de ser y de vivir.

Tantas veces se escucha «con esa persona no se puede hablar porque no oye». No es sordera física sino la cerrazón mental de aferrarse a las ideas o proyectos propios descalificando a quien piensa diferente.

Gran parte de los malos entendidos entre padres e hijos proviene de esta ceguera de no entender que el mundo y la cultura se han transformado radicalmente.

Entre el buen samaritano y el hombre del camino no hay palabras, al menos Jesús no lo dice pero «se movía a compasión» y sin palabras hizo lo que debía hacerse, sin «pasar de largo».

El peregrino de Emaús fue reconocido «al partir el pan», aunque es verdad que anteriormente hubo un diálogo fluido por el camino.

En segundo lugar se requiere

OBEDIENCIA Y DOCILIDAD

La obediencia es consecuencia del amor y sin amor no tiene ningún sentido. En el buen samaritano es fácil encontrar a un hombre que hace la Voluntad de Dios con un corazón de pobre y con una docilidad extraordinaria al Espíritu.

El misterioso viajero, se muestra obediente a los llamados del Espíritu que lo impulsa a recoger al hombre abandonado por el levita y el sacerdote.

«Se movió a compasión» y allí existe un llamado de Dios para hacer el bien.

La Biblia presenta a los tres grandes obedientes: Abraham dispuesto a sacrificar a su hijo Isaac, María que acepta ser la servidora del Señor y Jesús en su incondicional amor al Padre que lo lleva a la Cruz.

La verdadera obediencia siempre es a Dios y se manifiesta en la vida, en la historia, en asumir las orientaciones de la Iglesia y en cada autoridad legítimamente constituida. Ese viajero samaritano se movió a compasión movido por Dios.

Qué importante es buscar la Voluntad de Dios y qué pide el Señor a través de sus diversos caminos. De otro modo nos hacemos los sordos, con muchas razones aparentemente válidas, pero insuficientes.

Los voluntaristas y los perfeccionistas suelen hacer su propia voluntad y creen estar haciendo bien, pero «el viento sopla donde quiere» (Jn. 3) y es necesario tener un corazón abierto y disponible. Pareciera que se confía demasiado en los cálculos humanos y en la utilidad que se pueda obtener, pero los caminos de Dios son inesperados y nos pide una actitud interior

más receptiva a modificar nuestros planes para hacer lo que Dios quiere.

La docilidad a Dios lleva a buscar los llamados «medios pobres», o sea el amor, la pobreza y el perdón más que confiar en los grandes planes, a veces poco realistas y desmesurados.

El Evangelio muestra caminos de pobreza y simplicidad. Confía más en la actitud que en las palabras.

LA ORACIÓN

Sin oración verdadera no hay vida cristiana. Es posible que el samaritano haya venido por el camino en una actitud de oración. No lo sabemos, pero es necesario recordar que la oración está relacionada con la vida.

Habrà verdadera oración cuando la vida es consecuente con lo que se reza.

Muchas oraciones se dirigen a Dios en relación a uno mismo, pero son más escasas las oraciones que unen el amor al prójimo con el amor a Dios.

El levita y el sacerdote, técnicamente, eran hombres religiosos y de vida de oración, pero pasan de largo porque su oración es abstracta y lejana a la vida.

Muchos van a rezar para hablar de sí mismos. Creen escuchar a Dios, pero allí no hay diálogo sino monólogo consigo mismo. Eso no es oración. Es simplemente vanidad o tal vez un egoísmo disfrazado de piedad.

Qué importante será integrar la vida en la fe, el amor al prójimo con el amor a Dios. Cuando la vida está parcelada sucede que la parábola del buen samaritano será algo hermosa, una bonita historia, pero no será cumplir con el pensamiento de Jesús: "Haz tú lo mismo".

Estas páginas pretenden ayudar a una mejor integración en el diálogo, la obediencia a Dios, la oración. Son tres elementos fundamentales para vivir en el amor, con fe y esperanza. Así habrá más alegría y la vida cristiana será luminosa y atrayente.

INDICE

Introducción	13
Capítulo I – Los rasgos del Buen Samaritano	17
Capítulo II – Los heridos del camino	35
Capítulo III – Para vivir en el estilo del Buen Samaritano	47
Capítulo IV – Dialogo, Docilidad, Oración	59

“No hay alegría más grande que la de servir a los pobres con amor”

La Obra del Buen Samaritano, sólo se ha podido mantener por más de 34 años,

- gracias a la Providencia Divina,
- gracias al esforzado trabajo de las Hermanas de la Congregación,
- gracias al servicio voluntario de muchos colaboradores de la Obra y
- gracias al valiosísimo apoyo económico de nuestros queridos bienhechores.

¿ Le gustaría ser parte de la gran familia del Buen Samaritano?

Existen varios caminos para unirse a esta hermosa Obra.

- Como Bienhechor: Ayudando al sostenimiento económico.
- Como Profesional: Ofreciendo su tiempo y conocimientos.
- Como Religiosa: Consagrando su vida al Señor.
- Como Cristiano: Rezando por toda la familia Samaritana.

Existen miles de hermanos nuestros, que no podemos dejar tirados en el camino.

En ellos está, el rostro del Señor. El mundo de hoy necesita de Buenos Samaritanos. Le invitamos a contactarse con nosotros.

MOLINA

Madre Irene García de Prado
Superiora General y Fundadora
Calle Igualdad N° 1482
Casilla: 136 Molina - VII Región
Teléfono: 75 49 13 90
Fax: 75 49 11 08